

PAULINA SABALL,

MINISTRA DE VIVIENDA Y URBANISMO:

LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA: UN ELEMENTO CLAVE EN LOS PROCESOS DE RECONSTRUCCIÓN DE CIUDADES.

Por: Natalia Hernández Mary*

*Directora de la Escuela de Trabajo Social Universidad Alberto Hurtado. Entrevista realizada el 5 de Junio de 2014.

Paulina Saball es trabajadora Social de la Universidad Católica, estudió entre el 1970 y 1973, periodo de reconceptualización del Trabajo Social. “Mi formación profesional estuvo muy vinculada con los procesos sociales, la vida de las comunidades y el quehacer país. El trabajo social de aquellos tiempos buscaba incidir en las transformaciones sociales de la época. Fue un momento de grandes cambios en la universidad. Fue la época del primer Claustro Universitario; mi vida profesional y personal está marcada por haber estudiado en ese contexto”, explica.

Ella es parte de una generación que vivió un momento de grandes reformas en el país “brutalmente interrumpidas por el golpe militar”, periodo en el que trabajo social se transformó en su vocación, trabajo y espacio de reflexión; un lugar a partir del cual pudo construir una visión distinta de lo que estaba ocurriendo en Chile. En esa época trabajó en la Vicaría de la Solidaridad, fue una de las creadoras del Colectivo Trabajo Social y luego de la revista Apuntes para Trabajo Social, que fueron espacios para compartir y reflexionar, desde el trabajo social, la realidad país. Tuvo distintas experiencias profesionales marcadas siempre por el trabajo con el sector poblacional, en el ámbito de los derechos humanos. En el retorno a la democracia trabajó en la Comisión Rettig, lo que califica como una síntesis dolorosa, pero importante. “Fue una oportunidad de mirar por primera vez las violaciones

de los derechos humanos desde una visión de Estado; un Estado que buscaba esclarecer la verdad y reparar, en parte, el daño causado a las personas y a sus familias”, cuenta. Desde ahí en adelante ha estado vinculada a las políticas públicas. Primero en el Ministerio de Vivienda, después en Bienes Nacionales y luego en la Comisión Nacional del Medio Ambiente. Durante el Gobierno del Presidente Piñera trabajó fuera del Estado, en la Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza. Y ahora regresó al Ministerio de Vivienda.

-¿Crees que el trabajo social fue un aporte para tu formación política?

-No tengo mucha posibilidad de separar o de discernir cuál es el factor más determinante. Quizás si hubiera tenido otra profesión habría hecho lo mismo, pero evidentemente lo que me ha provisto de una manera de mirar y abordar los desafíos ha sido mi formación profesional, la época en la que viví, las experiencias de vida, mi familia, mis opciones políticas y por cierto las inmensas oportunidades que he tenido en mi vida laboral. Me siento muy honrada de los trabajos que he desempeñado. En cada uno de ellos he adquirido inmensos aprendizajes a partir del vínculo con los temas, equipos y comunidades con las cuales me ha tocado interactuar. Entonces, no tengo cómo separar los factores, pero, yo atribuyo buena parte de mis motivaciones, intereses y manera de ver las cosas, a mi formación y a la

época en la que me formé.

-En las discusiones que tenemos con nuestros estudiantes es recurrente la tensión de separar lo político del trabajo social, cuando tal como tú lo sostienes el trabajo social es político. En ese sentido, nos interesaría profundizar sobre el trabajo que desempeña actualmente en el Ministerio de Vivienda y Urbanismo particularmente en las labores de reconstrucción de ciudades. ¿De qué manera la temática se instala en el Ministerio y ¿cuál es el rol que como ministra y trabajadora social cumples en el desafío de la reconstrucción?

-Uno quisiera que la reconstrucción fuese una temática extraordinaria pero, sin duda los desastres naturales son parte de nuestro devenir y, por ende, son parte de la gestión de las políticas públicas. En el gobierno anterior de la presidenta Bachelet nos tocó enfrentar temporales en Bío Bío, la erupción de Volcán en Chaitén, el terremoto en Tocopilla y cuando faltaba poco para irnos, el terremoto en la zona central. Sin embargo, y a pesar que estas catástrofes son parte del horizonte de posibilidad de cualquier gobierno, cuando ocurren sorprenden, afectan, quiebran el camino y te vinculan a un proceso dramático. Nosotros estábamos recién instalándonos - y digo recién porque no habíamos ni siquiera terminado de conformar los equipos- cuando sucedió el terremoto en el Norte. Y dos

semanas después, el incendio de Valparaíso. Son episodios que colapsan la vida de las personas damnificadas y que impactan en el funcionamiento de la ciudad, de la región, del país. Son situaciones que escapan a toda planificación.

Si bien cada catástrofe pone en evidencia la inequidad que existe en nuestras ciudades, éstas se manifiestan y tienen orígenes distintos, y por tanto es necesario asumir, conducir y disponer instrumentos, coordinaciones y gestiones diferentes en cada lugar; generar una respuesta oportuna y adecuada para cada una de las circunstancias. En el Norte Grande el impacto está directamente relacionado con situaciones previas, tales como la materialidad de las viviendas, la salinidad de los suelos, las ampliaciones irregulares, entre otras. En Valparaíso, la inseguridad y precariedad de la vida en los cerros; el uso irregular de las quebradas y la falta de agua, contribuyeron a agravar la situación.

Nuestra función es poner al servicio de la etapa de emergencia y transición, y de reconstrucción después, las mejores herramientas, recursos, coordinaciones, procurando siempre atender la particularidad de cada caso y abordar la tensión entre la urgencia por reponer rápido lo que se destruyó y la importancia de reconstruir con parámetros de equidad, seguridad y pertinencia.

-Tomando estos elementos, ¿existe la idea de generar un dispositivo más permanente para emergencias?

-En cada emergencia se aprende algo; en el terremoto del Norte Grande se hicieron evidentes algunos aprendizajes del 27F. Yo viví el segundo terremoto en Iquique, fue impresionante el proceso de evacuación, y la manera de actuar de la ciudadanía, sobrecolegada y admirable. Otro aprendizaje fue el esfuerzo para recuperar inmediatamente los servicios básicos; puedes salvar vidas si pones todo tu esfuerzo en que se reponga la ener-

gía, las comunicaciones, el agua, la luz. Desde el primer momento funcionó el Comité de Emergencia y se dispusieron todos los medios para llegar a todos los lugares; eso también pasó en Valparaíso.

Es cierto que todavía tenemos puntos débiles, por ejemplo, la coordinación de los catastros o la definición de roles en la etapa de transición. Pero en ambos casos, en ningún momento las personas se quedaron solas. Las autoridades regionales, locales, la Presidenta y su equipo estuvimos desde el primer día trabajando, acompañando la situación y buscando la mejor salida. Estar en contacto con las personas y estar en terreno permite dimensionar, empatizar, acompañar y tomar decisiones más eficientes y pertinentes. Hay que hacerse cargo de la incertidumbre y entender que las personas no están en condiciones de recibir argumentos técnicos, que lo primero es estar cerca, acompañar, acoger. Generar vínculos de colaboración entre instituciones es otra dimensión imprescindible. En Valparaíso, subir a los cerros y conversar con la gente fue una experiencia decisiva. En el diálogo con las personas fuimos descubriendo las claves de la reconstrucción.

-¿Y cómo abordas ese tipo de metodología con los otros actores sociales involucrados como el gobierno regional o los interventores?

-En estas circunstancias cada uno pone lo mejor de sí; cada uno tiene un enfoque, habilidades, competencias y recursos diferentes. Esa diversidad es invaluable porque al final del día somos un equipo de trabajo enfrentando juntos una situación compleja. Cada uno cumple su rol, pero también cada uno le agrega un valor y en el equipo se generan complicidades muy potentes. Ahora, esto no es tan idílico porque pasada la emergencia, tienes un equipo desgastado, cansado y sobredemandado. Por su parte, las personas damnificadas ya no son tan amigables, están irascibles porque pasan los días y no se resuelve su si-

tuación. Si bien comprenden que ésta excede lo posible, necesitan manifestar su angustia, su desazón y muchas veces su molestia. Si esas mismas personas vienen de experiencias anteriores de pobreza, de exclusión, lo manifiestan con más rabia.

-Ahora, que la catástrofe esta “controlada” y los principales servicios restablecidos, ¿cómo se operacionaliza la reconstrucción?, ¿de qué manera esta metodología dialogante se expresa en etapa de la reconstrucción?

-Exactamente, en esta etapa hay que hacerse cargo de lo que se destruyó y también de las inequidades urbanas develadas con la emergencia. Debemos generar soluciones que, junto con reconstruir la vivienda, remedien los suelos salinos o mitiguen los riesgos de las pendientes. Soluciones para reconstruir y reparar; para propietarios, allegados y arrendatarios. Es una etapa compleja porque la reconstrucción es un proceso lento y la situación de las familias damnificadas se torna difícil. Las soluciones de la transición –arriendos, apoyo familiar o barrios de emergencia– trastocan la vida de las personas y eso genera ansiedad, urgencia y a veces desconfianza.

En esta etapa, se ponen en tensión nuestras capacidades y nuestros instrumentos. Es necesario reforzar los equipos, flexibilizar programas, adicionar recursos y gestionar mil detalles que inciden directamente en la concreción de las soluciones.

-¿Cómo se incluye el vínculo con las personas y las demandas locales en esta fase de operacionalización de la reconstrucción?

-En esta etapa el tema de la participación es clave. Los procesos de reconstrucción son procesos largos, lo que implica asumir que las personas afectadas van a vivir durante un tiempo no menor en condiciones de mayor precariedad. La participación de

las personas es clave en el desarrollo del proceso. Y en esto no hay opción. Tiene que ser así, sino no es sobrellevable para las familias. No puede ser un tiempo de espera, vacío, de suspenso. Las personas tienen que incorporar esto como parte de su vida. No es posible decirles “espere, suspenda sus anhelos, su vida, sus sentimientos hasta que por arte de magia se le haya construido una casa”.

-Y esa participación, ¿cómo se proyecta en un proceso de ejecución?, ¿cómo hacen la diferencia entre una participación de corte más informativo y con una participación efectiva con el otro?

-A diferencia de otros proyectos del Ministerio, donde uno facilita el desarrollo de nuevos proyectos de vivienda, en los procesos de reconstrucción uno trabaja sobre la materialidad de las vidas ya construidas. Se intervienen sus casas y se intenta reparar aquello que se fracturó. En Valparaíso, una gran cantidad de familias son protagonistas efectivos; están con el martillo y con la pala reconstruyendo ellos mismos su casa, porque así lo habían hecho antes. No podemos tomar decisiones por las personas. No le estás otorgando un bien que no tenía, estás tratando de colaborar a la reconstrucción de algo que era suyo.

-En ese contexto complejo, ¿cuál es el mayor obstáculo para poder desarrollar ese vínculo de participación efectiva?

-Sin duda tenemos muchos obstáculos, pero también tenemos fortalezas. En el Norte Grande, por ejemplo, no contamos aún con la cantidad de empresas ni de entidades patrocinantes que apoyen a las familias a hacer sus proyectos. En Valparaíso, el ímpetu por reconstruir de algunas familias no necesariamente respetan las normas de seguridad. Las obras de infraestructura destinadas a dar seguridad van a demorar más de lo que la gente piensa y ahí se nos genera una ten-

sión. Luego está el tema de las confusiones de roles entre las distintas instituciones involucradas. En este aspecto la figura del Delegado Presidencial es clave. Ellos son los responsables de vincular las instituciones, de manera que se vaya plasmando en un proyecto común. Otra dificultad importante es que las personas afectadas viven una situación no deseada. Con el pasar del tiempo los grados de tolerancia disminuyen y los efectos de haber vivido una situación traumática todavía están presentes. A ello se agregan los eventos propios de la vida de las personas: nacen guaguas, se mueren personas, se separan parejas, hay chicos que les va bien otros que les va mal en el colegio, ocurren cosas. La vida sigue. Este proceso no es fácil, porque involucra algo más allá de una dimensión material. Muchos piensan que esto es sólo reponer lo que se destruyó: la vivienda, la carretera, la luz, la escuela, etc. pero no es así. Si no tienes una visión multidimensional de los efectos de la catástrofe, puede ocurrir que al final digas “construimos viviendas, pusimos consultorios, servicios, pavimentos”, pero la gente esté más triste, más tensionada, más desencantada y no ocupe los espacios. Esas son señales inequívocas de un proceso que no permitió reconstruir la vida, la actividad, ni la identidad del lugar. Los procesos de reconstrucción son complejos, tensionantes y están sujetos a los vaivenes políticos; por lo tanto abordarlos de manera cohesionada, como una política de Estado y no solamente una política de gobierno es otro tremendo desafío. Pero que sea una tarea difícil, no la hace imposible. La maravilla del Servicio Público es que todos los días te plantean nuevos desafíos, te generan nuevos aprendizajes y revitalizan el sentido de estar en esta tarea. •